

tución Hispanoamericana de Cultura, fundada por Ortiz en 1936¹³. Tal vez en el momento en que se editó la revista, los dos escritores tenían compromisos más urgentes.

En el campo específico de la poesía, que era el que más le interesaba a Altolaguirre, hay otras ausencias tal vez inesperadas. Sobre todo, no figuran poemas ni de Nicolás Guillén (1902-1989), ni de Eugenio Florit (1903-), ni de José Lezama Lima (1910-1976). Una larga amistad unía a Altolaguirre con Guillén: junto con Unamuno, el malagueño había sido uno de los primeros en España en hablar de este poeta afrocaribiano; luego, durante la Guerra Civil, le había editado el libro *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza* (Ediciones Españolas, Valencia, 1937); y, ya exiliado en La Habana, le había impreso una nueva edición ampliada de *Sóngoro cosongo y otros poemas* (La Verónica, La Habana, 1942); así que difícilmente se puede atribuir esta ausencia a discrepancias estéticas o ideológicas¹⁴. La razón parece haber sido mucho más sencilla: por las fechas en que se editó la revista, Guillén se encontraba, en misión cultural y política, en Haití. Y en cuanto a Florit, al revisar su biografía vemos que el mismo motivo explicaría la ausencia de colaboraciones suyas en la revista: desde 1940 ocupaba el puesto de Cónsul General de Cuba en Nueva York.

Entre Altolaguirre y Lezama, en cambio, parece que sí se había abierto cierta distancia; una distancia producida por un conflicto que surgió en 1941. Lezama le había encargado a Altolaguirre la publicación de una serie de cartas inéditas del poeta modernista Julián del Casal. Altolaguirre aceptó el encargo, pero, abrumado de trabajo (por esas fechas, además de editar los libros de La Verónica, imprimía las revistas *Nuestra España* y *Espuela de plata*), fue aplazando la publicación de las cartas y de hecho éstas nunca llegaron a publicarse (no en La Verónica, al menos). Lezama se indignó, lo cual era natural: a fin de cuentas él y varios amigos suyos habían ahorrado para financiar la edición; y este disgusto parece haber sido el motivo por el cual dejaran de colaborar en *La Verónica* no sólo el propio Lezama, sino también otros poetas entonces cercanos a él, como Ángel Gaztelu (1914-), un escritor cuyo primer libro de *Poemas* (1940) había sido impreso por Altolaguirre, dentro de la colección de Cuadernos «Espuela de Plata»¹⁵.

Otra ausencia que, sin duda, se debió a conflictos editoriales fue la del poeta Emilio Ballagas (1908-1954), figura destacada de la poesía afrocaribiana. Parece que Ballagas fue uno de los primeros amigos que hizo Altolaguirre al llegar a La Habana y, por ello, también uno de los primeros poetas a quien quiso editar. De hecho, dos libros de Ba-

¹³ Dos conferencias suyas, sobre Garcilaso y García Lorca, fueron reproducidas, en forma abreviada, en *Ultra*, la revista de la Institución Hispanoamericana de Cultura, en los números correspondientes a junio y julio de 1939.

¹⁴ En junio de 1932, en una nota publicada en *Revista de Occidente*, Altolaguirre escribió una reseña muy entusiasta de *Sóngoro Cosongo*. El mismo entusiasmo caracteriza el prólogo que redactó para su edición de *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza*, donde, entre otras cosas, señaló que la obra de Guillén «no sólo representa una de las vetas más puras de la lírica hispanoamericana, sino que significa, también, una alucinante presencia negra en nuestra literatura. Es la primera gran voz que en estos momentos históricos nos llega con la adhesión de toda una raza».

¹⁵ Esta aclaración la debo a la generosidad de Gastón Baquero, quien, en una larga entrevista celebrada en Madrid, en mayo de 1988, me habló del mundo literario y artístico en que Altolaguirre se movía durante su estancia en La Habana.

llagas se imprimieron en *La Verónica* apenas inaugurada la editorial en el verano de 1939: *Sabor eterno* y una segunda edición de *Júbilo y fuga*. Sin embargo, en algún momento Altolaguirre introdujo una errata en un verso de Ballagas, que hizo que éste nunca más pensara en colaborar con él...¹⁶. En fin, la difícil situación económica por la que atravesaba Altolaguirre, una situación que lo había obligado durante tres años a trabajar bajo muchísima presión y con excesiva prisa, no podía menos que ser causa también de ciertas abstenciones.

Pero si el lector echa de menos a dos o tres de los mejores poetas cubanos de aquel momento, también tiene la agradable sorpresa de ver incluidos en la revista a otros cuatro poetas latinoamericanos —dos mexicanos y dos uruguayos— a los que tal vez no esperaría encontrar publicados ahí. Los uruguayos son el modernista Julio Herrera y Reissig (1875-1910) y el ya mencionado Juvenal Ortiz Saralegui. El primero está presente a través de la reproducción de un autógrafo de su soneto «El almuerzo», poema incluido en la sección «Los éxtasis de las montañas» de su libro *Los peregrinos de piedra* (Montevideo, Bertani, 1909). Altolaguirre no da ninguna explicación de cómo llegó este manuscrito a sus manos, pero es posible que alguien se lo regalara poco antes de la guerra, por las fechas en que iba preparando para su revista *Caballo verde para la poesía* un número doble en homenaje a Herrera (el número 5-6, que, como se sabe, se malogró a causa de la insurrección militar). De Ortiz Saralegui, autor ya de dos poemarios editados en Montevideo, *Línea del alba* (1931) y *Flor cerrada* (1942), se publican dos poemas de tema español: «Los muertos de España» y «Llanto por los caídos en la guerra». Las dedicatorias —a Altolaguirre y Bergamín— parecerían indicar que el poeta estuvo en España, tal vez (lo mismo que Marinello) a raíz del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que se celebró en Valencia en el verano de 1937. Sea como fuere, no deja de ser curioso que el único poeta en abordar el tema de la guerra civil haya sido, no un español, sino un latinoamericano.

Los mexicanos incluidos en la revista son dos miembros destacados del grupo de los «Contemporáneos»: Gilberto Owen (1905-1952) y José Gorostiza (1901-1973). Altolaguirre había sido un gran admirador de la poesía de este grupo y, de hecho, en algún momento había colaborado en su revista *Contemporáneos*, con un texto sobre el pintor mexicano Manuel Rodríguez Lozano¹⁷; sin embargo, la presencia en *La Verónica* de estos dos poetas no parece deberse a este antiguo vínculo, sino más bien al hecho casual de que estaba Gorostiza entonces de embajador en La Habana. Altolaguirre se había hecho amigo suyo y, sin duda, fue a través de él como consiguiera también la colaboración de Owen. Sea como fuere, no cabe duda de que la insólita lucidez de Gorostiza, lo mismo que el enigmático e inquietante lirismo de Owen, enriquecen mucho el panorama de la poesía recogida en la revista, mitigando en algo las ausencias ya señaladas.

Finalmente, para completar la lista de los colaboradores de la revista, habría que mencionar a B. M. Ash, traductor de dos poemas directa o indirectamente relacionados

¹⁶ La anécdota la cuenta Pablo Neruda, «Erratas y erratones», *Para nacer he nacido* (Seix Barral, México, 1977), pp. 245-246.

¹⁷ Cf. Altolaguirre, «Belleza cóncava», *Contemporáneos* (México D. F.), n.º 35 (abril 1931), pp. 81-82.

con la segunda guerra mundial: un canto «A Polonia», del poeta alemán del siglo XIX, Nicolás Lenau; y un himno patriótico de un teniente de las Reales Fuerzas Aéreas del Canadá, G. L. Creed. Sobre el propio Ash, no he podido encontrar más detalles; seguramente, se trataba de alguien que Altolaguirre conociera casualmente, tal vez a través de la embajada inglesa o canadiense. Aunque reflejan una preocupación muy real del momento, el interés estrictamente literario de los poemas (hay que decirlo) es muy reducido. El texto de Creed, de hecho, es bastante ripioso y no deja de ser sorprendente el que éste haya sido el único poema traducido del inglés que recoja la revista; sobre todo cuando se piensa que, apenas un año antes, Altolaguirre estaba reuniendo materiales para su revista bilingüe *1616*.

Dos homenajes

Al repartir los materiales con que cuenta, entre los distintos números de la revista, Altolaguirre establece un equilibrio entre los poetas españoles y los escritores latinoamericanos, entre poetas ya establecidos y otros más bien jóvenes, lo mismo que, en otro nivel, entre ensayo y poesía, y entre poesía y cuento. Como es costumbre, cada número suele abrir con una colaboración especialmente importante, mientras que las notas y reseñas se reservan para el final. (En este sentido, el hecho de que el primer número de la revista arranque con el primer poema del *Romancero del destierro* de Unamuno, seguramente confirma la importancia que este libro había asumido para Altolaguirre, lo mismo que para otros poetas del exilio, quienes encontrarían en esta poesía del vasco una preocupación muy parecida a la suya.) Pero fuera de seguir estos criterios muy generales, el editor no parece haber querido imponer ninguna estructura rígida a su revista; y, de hecho, cada uno de los seis números se desarrolla con un ritmo propio.

En la evolución de la revista, sin embargo, sí cabe señalar dos momentos especiales, cuando los materiales se agrupan alrededor de dos homenajes: el primero, en recuerdo del ensayista cubano, Francisco José Castellanos (1892-1920); el otro, con motivo del centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz (1542-1942).

El homenaje a Castellanos, incluido en el segundo número de la revista, es realmente breve. Nacido en La Habana en 1892, Castellanos formó parte de un grupo de intelectuales que se reunió, de 1914 a 1915, en torno al escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946)¹⁸. Muerto Castellanos en 1920, una buena selección de sus escritos fue recogida en el libro póstumo *Ensayos y diálogos* (1926); volumen que también incluía homenajes de tres de sus amigos: Mariano Brull, José María Chacón y Calvo y Félix Lizaso (1891-1967). Para el homenaje de *La Verónica*, Altolaguirre toma de este libro, además del ensayo de Castellanos sobre «El otro», el poema de Brull y unas líneas del texto de Lizaso.

El centenario de San Juan de la Cruz tuvo amplias reverberaciones en muchas partes del mundo. En España revistas como *Escorial* y *Corcel* le dedicaron números especia-

¹⁸ Para la relación de Henríquez Ureña con la intelectualidad cubana (y, sobre todo, con Castellanos, Brull y Chacón y Calvo), véase Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I. 1907-1914*, ed. José Luis Martínez (Fondo de Cultura Económica, México, 1986).

les, mientras que Dámaso Alonso publicó su célebre estudio sobre *La poesía de San Juan de la Cruz*. En México se organizó, primero, una serie de conferencias y, después, un interesantísimo debate entre poetas, filósofos e intelectuales, discusión que luego fue publicada, en forma resumida, en la revista *El hijo pródigo* (junio 1943). Mientras que, en La Habana, Lezama y el padre Gaztelu pusieron su poesía bajo la égida de San Juan al tomar una imagen del *Cántico espiritual* como título de una nueva revista suya: *Nadie parecía. Cuaderno de lo bello con Dios* (1942-1944).

El homenaje que organiza Altolaguirre en el sexto y último número de su revista, hace eco a estos y otros tributos que se rinden al santo por estas fechas. Como en el caso del homenaje mexicano, la universalidad de la obra del santo atrae por igual a latinoamericanos y españoles, de modo que este número de *La Verónica* cuenta con una lista de colaboradores muy variada. Además de una buena muestra de la obra del propio santo (curiosamente, se incluyen más textos en prosa que en verso), se publican trabajos originales de poetas cubanos como Ramón Guirao, Cintio Vitier, Justo Rodríguez Santos, Andrés de Piedra Bueno y José Santullano, y de poetas españoles como Ángel Lázaro, Emilio Prados y el propio Altolaguirre. María Zambrano también colabora, con un hermoso ensayo sobre la «voracidad amorosa» de San Juan. Por otra parte, se ve que Altolaguirre ha querido enriquecer todavía más el homenaje, recopilando textos que ayudan a ubicar la obra del santo: a saber, unos fragmentos de un ensayo del crítico Menéndez y Pelayo sobre la poesía mística; un párrafo de Santa Teresa sobre la contemplación divina; así como pequeñas muestras del pensamiento de tres autores medievales en quienes la obra de San Juan encuentra antecedentes: el místico judío del siglo XI, Salomón-ben-Gabirol; el místico musulmán del siglo XII, Abubeker-ben-Tofail; y el místico cristiano del siglo XIII, Raimundo Lulio. Finalmente, el homenaje se completa con la reproducción de dos dibujos románicos, así como de una serie de pinturas de El Greco, que establecen un bellísimo diálogo con los textos literarios.

La Galería del Prado

Una última consideración queda por hacer y es en relación con las artes plásticas, cuya presencia se hace muy patente a lo largo de la revista, y no sólo en el homenaje a San Juan. Aunque es algo en que los críticos apenas se han fijado, el interés de Altolaguirre por las artes plásticas fue muy vivo desde el principio de su carrera; de hecho, en sus primeras revistas, *Ambos* y *Litoral*, cuya dirección compartía con José María Hinojosa y Emilio Prados, se incluían reproducciones de obras de muchos de los pintores españoles más importantes del momento, como Picasso, Salvador Dalí, Benjamín Palencia, Joaquín Peinado, Francisco Bores, Manuel Ángeles Ortiz, Francisco G. Cossío, José M. Uzelai, Gregorio Prieto, etc... A partir de 1930, es cierto, tal vez por razones económicas, eran cada vez menos los dibujos y (sobre todo) las pinturas incluidos en sus revistas; sin embargo, no disminuía para nada su interés en las artes plásticas, como lo demuestra la amistad que por estas fechas entablaba con Manuel Ángeles Ortiz, Ramón Gaya, Gregorio Prieto y Mariano Orgaz, por ejemplo, o también con el mexicano Manuel Rodríguez Lozano y el uruguayo Joaquín Torres García.